

Aharon Appelfeld

Katerina



AHARON APPELFELD

Katerina

Traducción de
Javier Escobar Isaza

Galaxia Gutenberg

Fundación Hispanojudía

Esta edición ha recibido una ayuda de la Fundación Hispanojudía

También disponible en eBook

Traducción del inglés: Javier Escobar Isaza

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2018

© Aharon Appelfeld, 1992
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Javier Escobar, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 450-2018
ISBN: 978-84-17088-90-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Me llamo Katerina y dentro de poco voy a cumplir ochenta años. Pasada la Pascua, regresé a la aldea donde nací y a la granja de mis padres, pequeña y ruinoso, donde no quedaba ningún edificio en pie salvo esta casucha en la que estoy viviendo. Tiene una única ventana, bien abierta, que me permite recibir el hálito del mundo. Mis ojos, en verdad, se han debilitado, pero el deseo de ver sigue palpitando en ellos. Al mediodía, cuando la luz es más fuerte, se extiende ante mí un campo abierto que llega hasta orillas del Prut, cuyas aguas son azules en esta temporada vibrante de esplendor.

Abandoné este lugar hace más de sesenta años –sesenta y tres, para ser precisa– pero no ha cambiado mucho. La vegetación, aquella eternidad verde que envuelve las colinas, se eleva bien alta. Si mis ojos no me engañan, está incluso más verde. Algunos árboles de mi remota niñez siguen aún de pie, con hojas, por no hablar de aquel movimiento encantador, como de olas, de estas colinas. Todo permanece en su lugar, salvo la gente. Todos se marcharon y lo abandonaron.

En las primeras horas de la mañana descorro los pesados velos que ocultan tantísimos años y los examino en contemplación silenciosa, frente a frente, como dicta la Escritura.

Las noches de verano son largas y espléndidas, y no sólo se reflejan los robles en el lago sino que también las simples cañas extraen vigor de su agua clara. Aunque siempre me encantó ese lago modesto, me gustaba en particular durante las claras noches del verano, cuando la línea entre el cielo y la tierra se borra y todo el cosmos se baña de luz

celestial. Los años transcurridos en una tierra extraña me distanciaron de estas maravillas, que quedaron borradas de mi memoria, aunque no, al parecer, del corazón. Ahora sé que fue la luz lo que me hizo regresar. ¡Qué pureza, Señor! A veces deseo estirar la mano y tocar la brisa que me sale al encuentro en el camino, porque en esta estación es suave como la seda.

Es difícil descansar durante las noches claras del verano. Parece a veces un pecado dormir en medio de este brillo. Ahora comprendo lo que dice la Sagrada Escritura: «El que extiende los cielos cual delgada cortina». La palabra «cortina» me sonó siempre rara y distante. Ahora puedo ver la cortina delgada.

Me cuesta mucho caminar. Sin la amplia ventana, abierta de par en par, sin ella que me lleve afuera y me haga entrar, me hallaría encerrada aquí como en una prisión; pero esta abertura, por su bondad, me conduce hacia fuera sin esfuerzo, y recorro las praderas como en mi juventud. Una vez entrada la noche, cuando la luz se oscurece en el horizonte, regreso a mi jaula, saciada ya el hambre y apagada la sed, y cierro los ojos. Al hacerlo, encuentro otros rostros, rostros que no había visto antes.

Los domingos bajo hasta la capilla haciendo un esfuerzo. La distancia desde mi cabaña a la capilla no es grande: un cuarto de hora a pie. En mi juventud la recorría de un salto. En ese entonces, toda mi vida era un único soplo de brisa, pero hoy, aunque cada paso resulta doloroso, aquella caminata sigue siendo muy importante para mí. Estas piedras despiertan mi memoria, en especial la memoria de antes de la memoria, y no sólo veo a mi madre, que partió, sino a todos aquellos que alguna vez recorrieron estos caminos, se arrodillaron, lloraron y oraron. Por alguna razón, ahora me parece que todos llevaban abrigos de piel. Tal vez por culpa de un campesino anónimo, que vino hasta aquí en secreto, oró y se quitó luego la vida con su propia mano. Sus gritos horadaron mis sienes.

El edificio de la capilla es viejo y desvencijado, aunque hermoso en su simplicidad. Los contrafuertes de madera que mi padre instaló siguen protegiéndolo. Mi padre no era escrupuloso en el cumplimiento de nuestra religión, pero consideraba que era su deber cuidar de este pequeño santuario. Recuerdo, en una especie de semioscuridad, los maderos que cargaba sobre sus hombros —estacas gruesas— y el modo como los clavó en la tierra con un gigantesco mazo de madera. Mi padre me parecía un gigante entonces y su trabajo era labor de seres como él. Aquellos maderos, aunque se han podrido, siguen bien anclados en su sitio. Los objetos inanimados viven una vida larga; sólo al hombre lo arrancan a destiempo.

¿Quién habría pensado que yo iba a regresar? A la manera de un animal, había borrado de mi memoria este primer regazo, pero la memoria de una persona es más fuerte que ella. Lo que la voluntad no hace lo hace la necesidad, y esta acaba por convertirse en voluntad. No me arrepiento de haber regresado. Aparentemente, así fue establecido.

En la capilla, me siento sobre una banca bajita durante una o dos horas. El silencio es imponente, tal vez a causa del valle que rodea el lugar. De niña solía correr por estos senderos, persiguiendo vacas y cabras. Cuán ciega y maravillosa era mi vida entonces. Yo era como uno de los animales que guiaba, fuerte como ellos e igual de muda. De aquella época no queda ninguna huella exterior, sólo yo, con los años de que estoy atiborrada, y mi vejez. La vejez hace que la persona se aproxime a sí misma y a los muertos. Los muertos queridos nos aproximan a Dios.

En este valle escuché por primera vez una voz de lo alto —en realidad fue en los más bajos declives del valle, justo donde se abre para desembocar en una amplia llanura. La recuerdo con gran claridad. Yo tenía siete años y escuché de repente una voz, que no era de mi madre ni de mi padre, que me dijo: «No temas, hija mía. Encontrarás la vaca perdida». Era una voz segura y tan serena que instantáneamente me quitó el te-

mor del corazón. Me quedé petrificada y observé. La oscuridad se hizo más espesa. No había sonido alguno, pero de repente la vaca salió de la oscuridad y vino hasta mí. Desde entonces, cuando oigo la palabra «*salvación*» veo esa vaca castaña que se me había perdido y que regresó. Sólo una vez se dirigió a mí aquella voz, y nunca más. Jamás le conté nada a nadie acerca de ella. Guardé este secreto oculto en mi corazón, y me regocijo en él. En aquellos años tenía miedo de cada sombra. La verdad es que fui presa del temor durante mucho tiempo y sólo me liberé de él al llegar a una edad avanzada. De haber orado, la oración me habría enseñado a no temer. Pero mi suerte había decretado otra cosa, por decirlo así. Aquella lección me llegó demasiado tarde, muchos años después, inmersa en muchas y amargas experiencias.

Durante mi juventud no sentí deseos de orar ni de las Sagradas Escrituras. Las palabras de las oraciones que yo entonaba no me pertenecían. Iba a la iglesia porque mi madre me obligaba. A la edad de doce años, tenía visiones obscuras en mitad de mis rezos, que me ensombrecían el espíritu. Los domingos me fingía enferma, y como mi madre me golpeaba, de nada me servía. Tenía tanto temor de la iglesia como el que sentía por el médico del pueblo.

Sin embargo, gracias a Dios, no corté el vínculo con las fuentes de la fe. Hubo momentos de mi vida en los que me olvidé de mí misma, me hundí en el barro y perdí la imagen de Dios, pero aun entonces solía caer de rodillas y orar. Recuerda, Dios, aquellos pocos momentos, porque mis pecados fueron muchos y sólo Tú, con tu enorme misericordia, conoces el alma de tu sierva.

Ahora bien, como dice el proverbio, el flujo del agua ha regresado al río, el círculo se ha cerrado y yo he vuelto aquí. Los días son largos y espléndidos, y puedo pasearme a mis anchas. Mientras la ventana siga abierta y mis ojos estén despiertos, la soledad no entristecerá mi alma. Qué lástima que a los muertos no se les permita hablar. Tienen algo que decir, estoy segura de ello.

Una vez por semana, Jamilio el Ciego me trae provisiones de la aldea. Mis necesidades ahora son pocas –tres o cuatro tazas de té, pan y queso campesino. Hay mucha fruta aquí. Ya he probado las cerezas: puro vino.

Jamilio ya no es joven, pero su paso de ciego parece firme. Tantea con su grueso bastón, y el bastón jamás lo traiciona. Cuando se inclina, descubro una línea llamativa en su espalda. Me dijeron que, de muchacho, las mujeres lo perseguían. No es de extrañar; era buen mozo. Pero mire lo que le han hecho los años. Primero se volvió sordo y luego ciego, y ahora sólo quedan vestigios de él. Cuando se acerca a mi cabaña con el bulto sobre los hombros, por algún motivo se le ve pesado y sumiso, pero se trata sólo de una ilusión.

Cuando abandoné la aldea él acababa de nacer, aunque después fueron muchos los chismes que oí sobre él, no siempre a su favor. Pasados los años de soltería y de vida indómita, se casó. La esposa era bonita y rica, y trajo consigo una dote considerable, pero no le era fiel. Decían que aquel era su castigo por haber engañado tanto a las mujeres, pero también ella fue castigada por sus infidelidades: un enjambre de avispones la atacó en medio del campo y la mató. Por una vez me pareció que en este mundo habían hecho una repartición de premios y castigos, pero quién soy yo para juzgar aquel equilibrio misterioso.

Todos los jueves, Jamilio viene y me trae la comida. Dios sabe cómo encuentra el camino. A mis ojos es una criatura de otro mundo. Yo, sin él, yacería en el polvo.

–Gracias, Jamilio –digo en voz alta.

Dudo que pueda oírme. De todos modos hace una pequeña mueca, como si espantara un pensamiento. Cuando pongo algo en su palma enorme, da un golpe en el suelo con el grueso bastón, musitando algo; luego se marcha. Su ropa despide el olor de la hierba y del agua, pues por lo visto pasa casi todo el día a la intemperie.

–¿Cómo estás? –le pregunto, y enseguida comprendo la estupidez de mi pregunta.

Él realiza su trabajo en silencio y con constancia. Primero organiza las provisiones en la despensa, luego trae leña cortada y la coloca junto a la estufa, y lo hace todo de manera silenciosa y diligente. Trabaja más o menos por espacio de una hora. En aquella hora me llena la cabaña de los aromas del campo, un perfume que me acompaña toda la semana.

Me encanta sentarme y seguirlo con la mirada, a medida que se aleja caminando: una partida lenta que algunas veces tarda una hora entera. Primero baja hasta la capilla, se postra a la entrada y ora. A veces me parece escuchar su silencio. De repente, se anima sin aspavientos, como dando la espalda, se levanta y camina hacia el lago. En la orilla, sus pasos se detienen y los pies paran.

A veces me parece que se demora con el fin de inhalar el perfume del agua. En esta estación, el agua del lago desprende una fragancia. En efecto, se acerca hasta el borde y se inclina, pero no se queda allí, pues se desliza de inmediato por el camino hasta que se lo tragan los árboles.

Cuando ha desaparecido por entre los árboles, se hace presente de nuevo ante mis ojos, con una especie de claridad diferente, fuerte y bien parecido, y comienzo a echarlo de menos. La oscuridad hace que lo olvide por completo y sólo el jueves por la mañana llega su aroma cálido a mis fosas nasales y lo recuerdo, y un temblor de expectativa me recorre la espalda.

La mayoría de los días me recuesto en mi sillón, un sillón de madera tapizado, con cojines gruesos. Los años no lo han dañado; sigue teniendo piedad de mis huesos. Aquí solía sentarse mi madre los domingos, los ojos cerrados, toda la fatiga de la semana estampada en su rostro, el cabello delgado y gris. Ahora tengo cuarenta años más de los que ella tenía entonces. Se han invertido los papeles: la madre es joven y la hija es anciana, y así, según parece, habrán de ser las cosas para siempre. Lo cierto es que, cuando los muertos renazcan, ella se va a asombrar: ¿es esta mi hija Katerina?

Sin embargo, cuando rezo por mi vida, también le ruego a ella. Tengo la certeza de que nuestras madres nos protegen, de que sin ellas y sus virtudes los malvados habrían acabado con nosotros hace ya tiempo.

La mayor parte del día me quedo sentada mirando hacia fuera. Ante mis ojos titila el lago en sus tonos intensos. En esta estación es de una luz deslumbrante. Hubo una época en que aquí bullía abundante vida; ahora sólo queda el silencio. Al escucharlo, surgen de las praderas visiones remotas que me llenan los ojos. Ayer tuve una visión muy clara: tenía tres años y estaba sentada sobre la hierba, y nuestro perro pastor, Zimbi, me lamía los dedos. Papá estaba sentado bajo un árbol, emborrachándose lentamente con una botella de vodka, feliz y contento. Padre, llamo por algún motivo. Está tan inmerso en su bebida que no responde. Sollozo y lloro, pero mis sollozos no lo apartan de su lugar. Mamá sale de casa como una tromba y al punto me quedo en silencio.

Mi madre, bendita sea su memoria, fue una mujer desafortunada, a la que todos temíamos, incluso mi fuerte padre. Ni siquiera las vacas se atrevían a desafiarla. Recuerdo que una vez dominó una vaca enloquecida a mano limpia. Sus manos, Dios me perdone, dejaron cicatrices en mi cuerpo hasta el día de hoy. Me golpeaba por todo, por lo serio o lo insignificante, con furia y sin piedad. La Pascua era la única época en que no me pegaba. En la Pascua se le transformaba el rostro y un silencioso temor reverencial penetraba en sus ojos, como un río torrentoso cuyas aguas se tornan plácidas. En la Pascua su rostro irradiaba luz por toda la casa: una clase de piedad que no pertenecía a este lugar.

Solía yo pasar la Pascua sobre un banco pequeño, junto a Zimbi. Conservo un cálido y agradable recuerdo de Zimbi. Era un perro fuerte. Le gustaba la gente y, en especial, los niños. Si hay algún calor en mi cuerpo, es precisamente el calor que yo absorbí de él. Su olor sigue prendido en mi nariz. Cuando me fui de casa lloró con amargura, como si supiese que no habría de regresar para verlo. Para mí, él sigue

vivo, sobre todo sus ladridos, un ladrido reprimido que siempre me sonaba como un saludo amistoso. Mi alma, por así decirlo, se aferraba a la suya. Desde mi regreso, oigo a veces su llanto y echo de menos el cuerpo redondo y suave, la piel sedosa y el olor a río que se aferraba a sus patas.

También mi madre quería a Zimbi. Aunque su amor era diferente, encerrado dentro de sí, sin contacto. Pero aquella criatura muda parecía sentir que esta mujer desafortunada le tenía afecto, y le brincaba con cariño. En cambio a mi padre le tenía un pavor mortal. A veces me siento atada a mi difunta madre a través del cuerpo de Zimbi. Nuestro amor por Zimbi nos unía las almas con una fuerza oculta. Sólo Dios sabe los secretos del corazón y sólo Dios conoce lo que nos une en la vida y en la muerte.

Terminada la Pascua se apagaba la luz de su rostro y la ira volvía a nublarlo. Siendo yo pequeña aún, oía decir a la gente: «Es muy desdichada. Hay que tener compasión de ella. Sus hijos murieron muy pequeños». Yo tenía la certeza de que el ángel de la muerte no pasaría sobre mí. Todas las noches oraba por mi vida. Y, milagro de milagros, las oraciones hicieron efecto y mi vida se ha prolongado más allá de lo que le toca en suerte al ser humano.

Mi madre murió muy joven. Su rostro está tan claro ante mí como el día en que nos abandonó. Sobre todo veo el movimiento airado de sus largos brazos. Aún hoy, muchos años más tarde, la recuerdo con temor y con temblor, como dice la Escritura. Cada vez que pienso en ella, viene hacia mí con rabia. ¿Por qué, mamá, te pregunto, estás enfadada conmigo? Ya me han castigado por mis pecados y en el mundo de la verdad recibiré latigazos por mis transgresiones. Pero mi madre es obstinada. Es muy joven y seguirá siendo joven por toda la eternidad. Si ella hubiese vivido tanto como yo, su sangre habría sido más serena. A mi edad, nadie se enfurece ya.

A veces me parece que nos guarda rencor a todos nosotros porque la enterramos en el hielo. El cementerio estaba

yermo y blanco, y los dos sepultureros excavaron su parcela con hachas. La gente, de pie a una cierta distancia del hueco, tiritaba. El sacerdote echaba rayos contra los sepultureros por su pereza, por no haber preparado la zanja a tiempo. Tenía un rostro gris y exhortaba a los sepultureros masculando palabras que parecían insultos.

Luego, a oscuras ya, las oraciones cayeron como grani- zo. Me envolví la cabeza en una pañoleta para no ver el ataúd, que descendía al hueco con la ayuda de cuerdas, pero a pesar de todo, el frío penetró hasta mis huesos y ahí sigue hasta el día de hoy.

Poco después de la muerte de mamá, mi padre se dedicó por completo al alcohol. Descuidó la casa y la granja, vendió la ropa bordada e incluso el baúl de la dote de mi madre. Entonces Comencé a temerle, como si fuera un extraño. Regresaba a casa a altas horas de la noche y, acto seguido, se desplomaba sobre la cama, como un cadáver. Dormía la mayor parte del día y sólo hacia el anochecer retomaba la actividad y se dirigía a la taberna con presteza.

Durante la primavera él no salía al campo. Me ignoraba como si yo no existiera. A veces me amenazaba con el puño y me abofeteaba, distraídamente, como se mata una mosca. La muerte de mi madre le había dado libertad para beber a su antojo. A veces llegaba a casa con espíritu alegre, como un joven indómito.

Una noche se acercó a mí, que Dios lo perdone, y me habló con una voz que no era la suya:

—¿Por qué no duermes con papá? La casa está fría. —Sus ojos se veían vidriosos, y una especie de rojo lascivo brillaba en ellos. Nunca me había hablado con una voz como aquella—. Es bueno dormir con papá —me dijo de nuevo con la voz que no era la suya.

Mi corazón sentía que eso era pecado, pero no lo sabía a ciencia cierta. Me arrastré debajo de la cama como un perro y no musité palabra.

Papá se puso de rodillas y dijo:

—¿Por qué huyes de mí? Soy tu papá, no un extraño.

Enseguida apoyó sus dos enormes manos sobre mis hombros, me acercó hacia sí y me besó. Luego se puso de pie, y tras un gesto de rechazo, cayó sobre la cama dormido. Después de esto no volvió a mirarme.

Algunos meses después de la muerte de mi madre, papá trajo a casa a una nueva esposa. Era una mujer alta, ancha, que jamás decía palabra. La montaña de donde venía se hallaba integrada a su rostro: una cara estrecha, como la de un caballo de tiro. Papá solía hablarle a gritos, como quien se dirige a una sorda.

–¿Qué estás haciendo? –me preguntaba ella, con un tono aterrador.

–¿Yo? –me echaba hacia atrás, llena de miedo.

–Tienes que trabajar –decía–. No puedes permanecer ociosa.

Yo pasaba la mayor parte del día afuera. Para entonces ya sabía que esta vida habría de terminar y que de ella surgiría otra diferente, distante de aquí. Todas las noches veía a mi madre en sueños y ella, como de costumbre, se ocupaba de las labores de la casa, de las deudas y del ganado enfermo. «¡Madre!» Quería tenerla cerca de mí pero ella, como en vida, estaba enfadada con todos. Le conté que papá había traído a casa a una nueva esposa. Pareció captar el hecho, pero lo ignoró.

En otoño abandoné la casa.

–¿Adónde vas? –preguntó mi padre.

–A trabajar.

–Ten cuidado y no te apartes del sendero recto y estrecho –dijo en voz alta, y sin añadir palabra desapareció de mi vista.

Mi padre era un hombre fuerte; no se atrevió a golpear a mi madre, pero oí que pegaba a su segunda esposa con fiere-

za. Me contaron que cambió en los últimos años de su vida y que comenzó a ir a la iglesia los domingos.

Alcanzo a oír la presencia sibilante y chirriante de mi madre, pero veo a mi padre ante mí, como quien se ha negado a abandonar este mundo. Una vez en verano, hace muchos años, mi padre se reclinó sobre una larga horca y comenzó a enviar sonoros besos a las vacas, como si se los estuviese lanzando por el aire a mujeres de mala vida. Las vacas lo miraban y sonreían, cosa que le encantó, y siguió chasqueando los labios. Surgió una extraña clase de intimidad entre él y las vacas. Aquel verano, estando yo en tercer año, iba camino de la escuela cuando de repente oí la voz de mi padre:

—¿Para dónde va ella?

—Para la escuela —respondió mamá, sin levantar la cabeza.

—¿De qué le sirve eso? No aprende nada.

—Tú no eres un sacerdote. El sacerdote nos ordenó que enviáramos a las niñas a la escuela.

—Yo digo que no. —El espíritu de la estupidez surgió en su interior.

Pero mi madre no se alarmó y le dijo:

—Hay un Dios en el cielo y Él es rey y Él es el padre y a nosotros nos ordenan obedecerle a Él, no a ti.

Mamá era una mujer fuerte y valiente. Fui testigo de su valor una vez durante el invierno, cuando luchó con un ladrón de caballos y lo hizo huir despavorido. Pero quién sabe por qué razón no heredé aquel valor suyo. Tenía miedo de cualquier sombra y todos los ruidos me alertaban; por la noche hasta los grillos me asustaban.

Aunque este lugar aislado no me dio ninguna alegría, mis primeros recuerdos siguen claros como el cristal: las lluvias, por ejemplo, las furiosas lluvias, o las lluvias horadantes, como las llaman aquí. En cuanto a mí, me encantaban los aguaceros del verano y la bruma que se alzaba de los campos después de la lluvia.

Nunca veo a mi padre y a mi madre juntos. Como si jamás hubieran estado juntos. Cada uno de ellos tenía una

relación especial con los animales. Mi madre se encargaba de las bestias con devoción pero con frialdad; una vaca sana no le interesaba. Mi padre, en cambio, tenía una relación provocadora con ellos, como si fuesen mujeres que habían de ser seducidas.

Mi madre lo despreciaba a causa de su comportamiento. Después de la muerte de mi madre, yo visitaba la capilla ocasionalmente. Parecía como si ella estuviese recostada sobre el gran icono y orara junto con la Santa Madre. Solía sentarme a observar a las mujeres que rezaban, mujeres desdichadas. A veces me daban un pedazo de torta y me bendecían. Allí, entre velas humeantes, moho y ofrendas, aprendí a observar a la gente.

Mi padre y su nueva esposa no parecían llevar una vida feliz. El espíritu de mi madre rondaba por todos los rincones. La nueva esposa, la extraña, intentaba en vano arrancarla de su dominio. Más de una vez la oí refunfuñar: «No logro hacer nada. En mi casa todos estaban contentos conmigo, y aquí todo me sale mal». Papá, por supuesto, no aceptaba estas excusas, y cada vez que el pan se quemaba en el horno o la comida no estaba lista, la golpeaba. Ella gritaba entonces y amenazaba con largarse a su casa. Años más tarde supe que ella también le retribuyó, y cuando mi padre enfermó, lo trató con mezquindad. Hubo rumores de que lo había envenenado. ¿Quién sabe? También ella está en el mundo de la verdad. Si pecó, pagará su deuda. Todas las cuentas se saldan al final.

Otro asunto, no de poca monta, era objeto de frecuente murmuración en casa: los bastardos de mi padre. Mamá, por supuesto, jamás lo perdonó y a menudo le recordaba su pecado. Cada vez que se lo mencionaba, una extraña sonrisa se extendía sobre el rostro de mi padre, como si no se tratase de un pecado, sino de algún desliz trivial. Tenía dos bastardos de la misma mujer, una conocida meretriz. Durante mi niñez los había visto con mis propios ojos: dos jóvenes fuertes, sentados sobre una carreta angosta, conduciendo dos caballos flacos. Su modo de balancearse sobre la

estrecha carreta me resultó divertido. Cuando los miré mejor descubrí que se parecían a mi padre. «Los míos mueren y los bastardos viven y prosperan», oí a mi madre decir más de una vez, mientras rechinaba los dientes.

Me fui de casa sin pena ni remordimiento, tomando el camino del pueblo que todos llaman el camino judío. Aquí, en primavera lo mismo que en invierno, solían reunirse judíos delgados, semejantes a saltamontes, para vender sus mercaderías. Eran una de las maravillas aterradoras de mi niñez. Con su aspecto, su manera de sentarse y negociar, no parecían criaturas de este mundo sino oscuros espíritus que correteaban sobre piernas larguiruchas. «No vayas allá», oí la voz de mi madre más de una vez. Aquella amonestación sólo incrementaba la curiosidad y siempre que aparecían me acercaba. Solían colocar las maletas sobre el suelo y extender sus mercancías ante los demás. Tenían muchas maneras de exponerlas: sobre lazos extendidos entre árbol y árbol, sobre mostradores improvisados, colgadas de ramas menuudas, o simplemente en el suelo. Por supuesto que aquellas maletas pequeñas y arrugadas estaban llenas de tesoros: camisas de colores, medias, zapatos de tacón alto y ropa interior bordada —por lo general, ropa de mujer y adornos femeninos. Las mujeres se abalanzaban sobre las prendas de vestir y agarraban cuanto podían. Me encantaban los olores de la ciudad, envueltos en camisones bordados.

Si uno hacía caso omiso del aspecto asustador de aquellos seres, el espectáculo resultaba divertido. Envidiaba a las mujeres que negociaban y compraban cosas nuevas envueltas en papel y en cartón. Yo no tenía ni un céntimo. Una vez le pedí a mi madre una moneda para comprar dulces, y me regañó, diciendo:

—No vayas allá. Los judíos te engañarán.

Horas enteras me sentaba allí. Los vendedores ambulantes eran bajitos y vivarachos, y a veces parecía que no caminaban sobre piernas humanas sino más bien sobre patas de pájaro, para poder brincar. A veces aparecían de repente al-

gunos campesinos y los echaban a latigazos. Una vez, en su huida, dejaron tras de sí un par de medias vistosas. Cuando se las mostré a mi madre, dijo:

–No las uses ahora. Guárdalas para los días santos.

Por lo general vendían hasta llegada la noche. Entonces, recogían los artículos que quedaban y desaparecían. Alguna vez un judío se detuvo en nuestro patio y nos ofreció sus mercancías. Era alto y menudo, orlado por una negra barba, y tenía el cuello delgado y largo. Jamás, en toda mi vida, había visto al descubierto un cuello como ese.

Después me acostumbré a ellos, y a veces les robaba un trozo de tela o un paquetito de dulces. Recuerdo aquellos robos de manera especial. Me provocaban algo parecido a una victoria sobre el miedo, unida a cierta alegría reprimida, pues estaba permitido robarles –o, como decía mi madre, robarle a un ladrón es lícito.

Una vez, mi prima María me llamó:

–Han llegado los espantos, ¿y tú no te has movido?

–¿A qué espantos te refieres?

–A los espantos con maletas.

–Me asustaste, María.

–No tienes por qué asustarte –dijo con frialdad–. Si uno se acostumbra a ellos, puede sacarles lo que necesita.

Mi prima María era siete años mayor que yo. Había trabajado en casa de judíos y los conocía de cerca. También ella, como todos nosotros, los despreciaba, pero ya sabía que no eran abiertamente dañinos, que no lo envenenaban a uno. Tenía vestidos y ropa interior que había recibido de ellos. Una vez trajo una combinación bordada y me la regaló.

Mi prima María, que descansa en paz, era, Dios la perdone, fría como el hielo. No conocía el miedo. Más de una vez la vi chuzar un cerdo. Lo apuñalaba sin repugnancia y, cuando el pobre animal chillaba, su rostro permanecía impávido. Una vez la oí maldecir como un hombre. Durante la primavera, recuerdo, se acercó a uno de los estantes, escogió una camisa bonita y preguntó por su precio. El judío dijo una suma.

–No tengo dinero hoy –dijo–. La próxima vez le pago.

–No se la vendo –contestó el judío.

–¿Cómo así que no me la va a vender? –le habló en tono suave y firme–. Se va a arrepentir.

–No le he hecho mal a nadie –levantó la voz el hombre.

–Si usted no me la da, mi hermano le dará una tunda en el campo –dijo siseando.

–No me da miedo –exclamó el judío.

–Qué pesar morir por una camisa –susurró mientras se escabullía con la prenda.

El judío estuvo a punto de correr tras ella y alcanzó a dar algunos pasos, pero no llegó lejos. Aquella misma noche, María me explicó:

–Los judíos, a diferencia de nosotros, le tienen miedo a la muerte. Ese temor es su ruina. Esa es su debilidad. Nosotros saltamos de un puente, pero ellos no lo harán. Ahí está la diferencia, ¿entiendes?

María, que Dios la perdone, era una mujer desafiante. Yo misma le tenía miedo.

En la aldea, los judíos solían aparecer en cualquier momento y en lugares inesperados, cerca del lago o detrás de una capilla. El modo de vestir les daba un aspecto muy diferente. La gente los golpeaba o los perseguía, pero, como las vacas, regresaban en todas las estaciones del año.

–¿Por qué son así? –le pregunté una vez a mi madre.

–¿No lo sabes? Mataron a Jesús.

–¿Ellos?

–Ellos.

No pregunté más. Me daba miedo hacerlo. Llenaron mis sueños y ensombrecieron muchas de mis noches. Siempre tenían el mismo aspecto: delgados, morenos, saltando sobre patas de pájaro y levantándose de repente. Una vez, recuerdo, un judío se cruzó en mi camino, en medio del campo. Me dio un dulce, pero era tal mi miedo que emprendí carrera, como si hubiera de un fantasma.